

MANIFIESTO VIII ROSARIO UNIVERSAL

Por octavo mes consecutivo, católicos de todo el Mundo nos reunimos desde los puntos más remotos del planeta en defensa de la Fe y por la conversión de nuestras respectivas naciones.

La Fe católica es nuestra seña de identidad, con ella peregrinamos hacia nuestra Patria Celestial. Cada momento histórico exige de los siervos de Cristo y de María un determinado comportamiento. Hace tan sólo unas décadas, ir dominicalmente a misa no era motivo de burla pública, respetar los mandamientos era de personas virtuosas, confesarse regularmente se debía a que socialmente se distinguía con claridad el bien del mal, por ello, formar una familia sólida era más sencillo.

Sin embargo, los tiempos han cambiado. Nuestra religión -que es el Camino, la Verdad y la Vida- está siendo atacada, ridiculizada y marginada. Pretenden destruir la Cruz y hacer desaparecer al Rey de Reyes del corazón humano. Aunque por más que lo intenten y pueda parecer que humanamente todo está perdido, Jesucristo vencerá. Todo está escrito y debemos tener Fe.

Fe y acción. Ambos verbos que son inseparables para un católico. Sabemos que la victoria es nuestra, pero mientras llega tenemos que ser la sal del mundo. “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura”, nos pidió el Señor. “Continúen siempre rezando el Rosario cada día”, nos rogó la Virgen María.

La batalla no es fácil y las tentaciones son reales. No obstante, debemos mantenernos firmes en la única senda posible: la de Cristo y su Purísima Madre. Son ya ocho ocasiones en las que en decenas de naciones se unen por la Salvación del mundo. La oración es nuestro mejor antídoto; el Rosario es el gran regalo que nos dio la Virgen. No olvidemos nunca esto y sigamos unidos en la Fe.

¡VIVA CRISTO REY!
¡VIVA LA SANTÍSIMA VIRGEN!